

Cambio climático, conflictos ecológicos y agricultura

Marta G. Rivera Ferre

Miembro del Centro de Investigación en Economía y
Desarrollo Agroalimentario de Barcelona

La agricultura es una actividad compleja donde muchos y diferentes actores, objetivos, posturas políticas e intereses se entremezclan. Es un sector muy interesante de analizar desde el punto de vista sociológico, pues en el mismo nos encontramos que todas las bondades y bajezas de los sistemas socioeconómicos (pasados, presentes y futuros) se pueden percibir fácilmente. Así, en la actualidad las consecuencias de la globalización y las resistencias a la misma y al sistema capitalista en sí son mucho más evidentes en el ámbito alimentario que en otros sectores. Precisamente esa multifuncionalidad que caracteriza a la agricultura y las consecuencias nefastas de una mala gestión del sistema agroalimentario, la convierten además en punto de confluencia de diversas luchas sociales y medioambientales.

En términos generales, la agricultura es protagonista de varias dicotomías (en el discurso y en la práctica) y desajustes estructurales del propio sistema capitalista. Así, por ejemplo, podemos comenzar con la primera y básica: la función de la agricultura. Para algunos la agricultura tiene como función principal la de garantizar la alimentación sana, equilibrada y culturalmente apropiada de todas las personas del mundo, y por tanto, de cumplir el derecho a la alimentación. Para otros, la agricultura contribuye como un sector industrial más al crecimiento económico de un país. Los primeros defenderán la agricultura campesina como modelo agrícola y alimentario, los segundos la agricultura industrial. A partir de ahí se pueden plantear diversas propuestas políticas de desarrollo rural, agrario y alimentario. Para abordar las problemáticas de la agricultura y el sistema alimentario, unos dirán que hacen falta cambios políticos de hondo calado para que esta pueda contribuir a un desarrollo sustentable de la humanidad. Otros argumentarán que la ciencia y la tecnología son la fuente capaz de eliminar dichos problemas consustanciales a la propia agricultura (olvidan aclarar a la agricultura industrial).

Pongamos algunos ejemplos de la situación actual y de posibles escenarios futuros: hoy día existen suficientes alimentos para alimentar al doble de la actual población mundial y por otro lado se estima que la población se estancará en los 9.000 millones de personas. Es decir producimos muchos más alimentos de los que necesitaremos incluso en un futuro. Por otro lado, sabemos que aproximadamente la mitad de los alimentos que se producen no llegan nunca a ser consumidos por varias razones: porque no sale rentable recogerlos; porque no se pueden almacenar y se

podrían; porque se pierden en la distribución; o porque se echan a perder en nuestras casas. Aún a pesar de todo esto, la cifra de personas hambrientas en el mundo se sigue situando en torno a los 1.000 millones.

Paralelamente, la calidad de la alimentación de las personas disminuye con la globalización alimentaria, y la cifra de obesos y obesas también gira en torno a los 1.000 millones de personas. El cambio climático puede cambiar estas cifras, y se espera que afecte de manera importante a la producción de alimentos y a la seguridad alimentaria al nivel internacional, fundamentalmente por efecto de los fenómenos meteorológicos extremos (sequías, huracanes, etc.). Pero, ¿las puede cambiar tanto como para que hablemos de guerras por el hambre debido al cambio climático?, ¿o guerras por el agua de riego debido al cambio climático? Yo creo que no, el cambio climático no generará estas guerras; tales guerras se darán por otras causas, y el cambio climático simplemente las agravará.

¿Guerras por el hambre?

Hay que señalar además en relación a la temática de la agricultura y el cambio climático que la agricultura no solo es una víctima del cambio climático, sino que a su vez es cómplice y verdugo, es decir, el sistema alimentario mundial también contribuye a generar más cambio climático. Así por ejemplo, el sistema alimentario mundial es altamente dependiente del petróleo y generador de gases de efecto de invernadero (entre un 30 y un 50% del total emitidos): la agricultura industrial usa petróleo para la fabricación de los fertilizantes nitrogenados y los pesticidas, para la maquinaria, para el transporte a larga distancias de los alimentos (los petroalimentos), en el almacenamiento y en el embalado, y todos estos procesos, junto con la gestión de los residuos de la misma, contribuyen al calentamiento global.

Cabría preguntarse el papel que puede y debe jugar la agricultura en un futuro que como vemos se nos presenta bastante negro, con el cambio climático encabezando la crisis climática, pero con otras crisis que corren en paralelo, como la crisis ambiental general (fundamentalmente por contaminaciones de nuestros ríos, mares, o el aire que respiramos); la crisis alimentaria (antes mencionada); la crisis energética (con el cenit del petróleo, la base del desarrollo de nuestro modelo industrial actual y de la agricultura moderna), la crisis de democracia (un sistema donde la gente no participa en la toma de decisiones de los temas que le interesan y afectan en su día a día, como por ejemplo en algo tan básico como su alimentación); la crisis financiera y económica, etc. Ante este panorama ¿será la agricultura fuente de futuros conflictos? ¿O desde la agricultura y el medio rural podremos encontrar soluciones a tales problemas? La respuesta es que ya lo está siendo, no hace falta pensar en el futuro ni en el cambio climático, sino en el presente: la agricultura ya es fuente de conflictos (la agricultura industrial) y ya nos ofrece soluciones (la agricultura campesina). Solo nos hace falta escuchar.

La dicotomía que antes mencionaba –estas diferentes maneras de ver el mundo y el papel que la agricultura puede y debe jugar en el mismo– ya son hoy generadoras de conflictos. Y en verdad siempre lo han sido, desde que los imperios (controlados por unos pocos) han intentado controlar y poseer la tierra y los territorios para producir materias primas de exportación (cacao, café, té o algodón) en lugar de alimentos para las poblaciones locales; ya desde los tiempos de Colón, e incluso antes. Pero estos conflictos ciertamente se agravan cada vez más y, sobre todo, desde que la conciencia campesina se despierta y comienza una lucha internacional (e internacionalista) con la creación de La Vía Campesina como respuesta a ese proceso de desempoderamiento que se inició hace mucho tiempo, pero que culmina con el

nacimiento de la Organización Mundial del Comercio (OMC), la globalización agroalimentaria, la privatización de los recursos productivos, o la deslegitimación del conocimiento campesino. Con La Vía Campesina vuelve a resurgir el concepto de conciencia de clase, en este caso de la clase campesina, que se agrupa para luchar por sus intereses comunes en todo el mundo.

Como digo, los conflictos existen. Existen por la lucha por la tierra, por la gestión del territorio, por el acceso a las semillas, y se hicieron todavía más evidentes y llegaron a toda la ciudadanía en el contexto de la crisis alimentaria de 2007-2008, en la que la escalada de precios de los productos alimentarios básicos sacó a miles de personas a la calle en contra de un modelo que les niega su propia alimentación, aún en un contexto de excedentes alimentarios. Un modelo que expulsa a campesinos y campesinas y los condena a vivir en villas miseria en las periferias de las ciudades. En todo esto la agricultura juega un papel clave.

Modelos agrícolas y conflictos

Pero, ¿qué tipo de agricultura tiene más posibilidades de generar conflictos futuros ante un panorama de desconcierto climático? Bajo mi punto de vista, el modelo industrial, por muchas y variadas razones, pero la principal de todas es la de ir contra la gente, en lugar de con la gente. La agricultura industrial ha sido impuesta por los imperios, por las grandes corporaciones de la alimentación con la ayuda de los gobiernos, inicialmente del americano, pero le siguieron los europeos, y más recientemente, el brasileño, el indio, el argentino, y otros países emergentes. Es una agricultura intensiva en capital, para capitalistas, que no necesita de campesinos y de campesinas, ni de su conocimiento, bien al contrario, los y las campesinas molestan, son una clase a extinguir. Es una agricultura que dicen es eficiente, una ganadería que dicen es “sin tierra”, pero que ante la perspectiva de falta de tierras de cultivo futuras, ante posibles adversidades, ya está adquiriendo tierras en países empobrecidos, de nuevo expulsando a más campesinos y campesinas, en lo que la ONG GRAIN denominó “acaparamiento de tierras”. Se trata de un fenómeno preocupante que en sí genera más conflictos que el propio cambio climático, y que viene generado por ese modelo industrial, modelo de agricultura agroexportadora que además genera materias primas que, como otros bienes, “se juegan en la bolsa”. De esta manera contribuye a incrementar la volatilidad de los precios y la incertidumbre de la ciudadanía, fundamentalmente la de los y las más pobres, generando conflictos, pero no por el cambio climático, sino sólo por la manera en que se organiza esta agricultura, por cómo funciona, por cómo excluye.

El campesinado, por el contrario, defiende que ellos y ellas practican una agricultura que mantiene a las personas en el medio rural, que necesita de personas, que genera empleos (es intensiva en mano de obra) tan necesarios en estos tiempos de crisis, y que a su vez, no sólo minimiza el impacto que la agricultura tiene en la generación de cambio climático por emisiones de gases de efecto invernadero, sino que además es la única que puede enfriar el planeta por el uso de técnicas respetuosas con el medio ambiente, por volver a llevar los ciclos de vida de la agricultura a los de nuestra tierra, la de todos y todas. Una agricultura que es hermana de los agroecosistemas, y no su enemiga. En un contexto de cambio climático, la agricultura campesina no sólo puede contribuir a mitigar, sino que además está mucho más preparada para adaptarse a situaciones adversas, pues ya lo hace cada día, y de hecho es lo que es por esa alta capacidad de adaptación. En mi opinión la agricultura campesina podría seguir produciendo alimentos en un contexto de crisis climática, pero para ello hace falta que la apoyemos. Pero además, el campesinado con su propuesta de soberanía alimentaria, nos ofrece algo que vamos olvidando en estos

tiempos: nos ofrece alianzas, creación de redes, organización social y participación para fomentar desde abajo una transformación social hacia un mundo más justo y equitativo.

¿Y el cambio climático, entonces, qué? Pues ya lo vemos, el cambio climático, generado por unos pocos, sólo es un elemento que puede agravar la actual situación, pero al menos en lo alimentario no generará conflictos; en todo caso los profundizará.

